TREINTA Y PICO SEGUNDA PARTE

A TODO



Si tener treinta y pico fue, desde siempre, un momento de inflexión en que las definiciones parecen más definitivas y los errores más irreparables, pasar por esos años en la Argentina, hoy, tiene varios otros significados. Es estar atrapados entre la historia que todavía no resolvimos y el presente que aún no manejamos. Seis treintañeros venidos de aquí y de allá, que trabajan, estudian, enseñan o trafican cocaína por la ciudad intentan buscar las huellas de algunas respuestas. Adrián Suar puede, todavía, mirar desde la otra orilla: pasará el umbral cuando llegue al año dos mil. Mario Pergolini y Juan Forn dan los trazos finales a este bosquejo.

(Por Cristian Alarcón) "Fuimos la última generación que hizo el amor sin forro", dice Anabella Lozano, tan al pasar que la frase se le pierde entre los complicados días de sus veinte y pico, cuando era suficiente con un DIU para despreocuparse de las consecuencias del sexo. Un mediodía de hace ocho años Anabella corrió desde su oficina al Pipo de calle Paraná, para encontrarse con su mejor amigo, que había regresado de un largo viaje por Italia. Lo vio tan flaco que, al abrazarlo, le dijo, con la ironía de la inocencia:

En la infancia, uno sabe que lo quieren

En la adolescencia, uno sabe que no quiere a los que lo quieren

A los 20, uno no sabe lo que quiere

A los 30, uno ya sabe lo que quiere!

Al final, uno quiere a los que sabe que lo quieren

R-JP

Sé lo que quiero, pero lo quiero YA!

–No me vas a decir que tenés sida...

–Sí –contestó él, y Anabella se sentó a escuchar una historia que nunca creyó que iba a escuchar de boca de alguno de sus amigos.

Rock Hudson ya había muerto pero Freddy Mercury todavía derrochaba sensualidad kitsch al frente de Queen y Anabella se sentía la primera persona de su universo que tenía un amigo con sida. Ahora, desde un bar de Congreso, asegura que, en cada grupo que frecuenta, alguien está infectado, es portador o tiene un amigo en una de esas dos situaciones. Muchos de ellos tienen treinta y pico.

Con sus treinta años recién cumplidos, Anabella sueña con un departamento propio y un futuro en el cual pueda ganarse la vida como profesora de expresión corporal, para renunciar de una vez a su puesto como secretaria en un estudio contable. Le gustaría enamorarse, formar pareja, tener un hijo. Pero, así como no quiere pagar un precio excesivo por lograrlo, tampoco está dispuesta a regalarse: "No estoy en oferta", dice. Cree que los valores de principio de los ochenta (cuando primero se trataba de que cayese la dictadura y, después, que la democracia no se interrumpiera y se transformase en justa) quedaron diluidos como los panfletos mojados por la lluvia cuando termina una marcha. Sabe que, después de los treinta, el paso del tiempo empieza a oírse, como un tren a lo lejos, por debajo de la música que bailamos, de las consignas que gritamos, de las quejas que murmuramos. Después de los treinta, el tiempo tiene la puntualidad incuestionable de los trenes del Primer Mundo.

Los sobrevivientes

Carola Noriega estudió astrología y terapias florales. Además de los bolos que de vez en cuando hace en televisión, descifra el futuro de la gente y enseña cómo curan las flores de Bach. Carola no tuvo tiempo ni siquiera de enamorarse por primera vez antes de irse de la Argentina. Era una adolescente de quince años cuando llegó con su familia a Barcelona, a principios de 1977. A fines del '75 habían matado a su hermano mayor, un montonero de 19 años. La muerte sobrevolaba la vida de los argentinos. Aquellos nacidos en los 60, entre la revolución cubana y el día que mataron a Kennedy, mientras el hombre pisaba la Luna y antes de que fusilaran al Che, sintieron que la vida se les partía en dos. Algunos lo sintieron en ese momento; otros, cuando empezó el show de los huesos y el *Nunca Más*. Carola dice que sintió culpa por estar viva. "Pero trabajé duro para correrme de ese lugar. Hace mucho que no me siento culpable por no hacer las cosas exactamente igual que nuestros hermanos mayores. Más que culpa, siento muchas ganas de vivir", explica. Más enamorada que nunca de Villa Luro, muestra cada rincón del ambiente en refacción de nueve por cuatro, que será su casa, la de ella y de Daniel, su compañero hace cinco meses, y la del hijo que buscan en una cama de sábanas blancas.

Eduardo Rinesi se enamoró de su mujer en el '92, cuando él era profesor y ella alumna del Nacional Buenos Aires. Hoy esperan su primer hijo, para dentro de cinco meses, y están en el dilema de los nombres. El departamento parece una biblioteca, tiene sólo el espacio necesario para caminar entre pilas y estantes de libros. Eduardo tiene 32 años, es licenciado en Ciencias Políticas y profesor de la carrera de Sociología en la UBA. Rinesi cree que su generación, o al menos el sector politizado desu generación, se encontró a fines de los 80 con una disyuntiva más difícil de resolver que el nombre de un primogénito: la encrucijada entre la reivindicación absoluta de los iconos del '70 y la adaptación sin cuestionamientos al sistema. Rinesi sabe que, entre uno y otro extremo, no hay un exacto término medio. En realidad, parece que los caminos de los treinta son variados, y ya no importa tanto llegar mañana mismo a Roma.

La hiperinflación

Carlos Peralta, un tachero que a los treinta y uno perdió el pelo y la paciencia, ve tatuado en los de su edad el estigma de las crisis económicas y cree que eso es lo que atenuó los deseos de sus contemporáneos, como una piña en el pecho. Por eso le parece que la época más "terrorífica" de la Argentina fue durante la hiperinflación. "Siempre que me paraba me volteaban de nuevo. Ahora estoy tratando de construirme dos piezas en un terrenito", cuenta y se pasa la mano por la calva ya absoluta que corona su cabeza, como frotando suavemente un símbolo que ninguna crisis le podrá quitar. Su "admiración generacional por

TREINTA Y PICO SEGUNDA PARTE



A TODO O NADA



Sumo” es uno de los motivos por los cuales se afeita la cabeza, a tal punto que, si tuviera que elegir sus seres más queridos, incluiría a Luca junto a su vieja y al hijo que espera su mujer para fines de la primavera. Fue obrero de la construcción, cadete, sodero y atendió un kiosco, hasta que pudo comprar el Peugeot 504 usado que maneja con la misma suavidad con la que acaricia la panza de su mujer. “Es igual al que tenía mi viejo, pero él lo vendió cuando lo echaron de la fábrica, en la época de Martínez de Hoz”, grita por sobre los bocinazos de Tacuarí y Sarmiento.

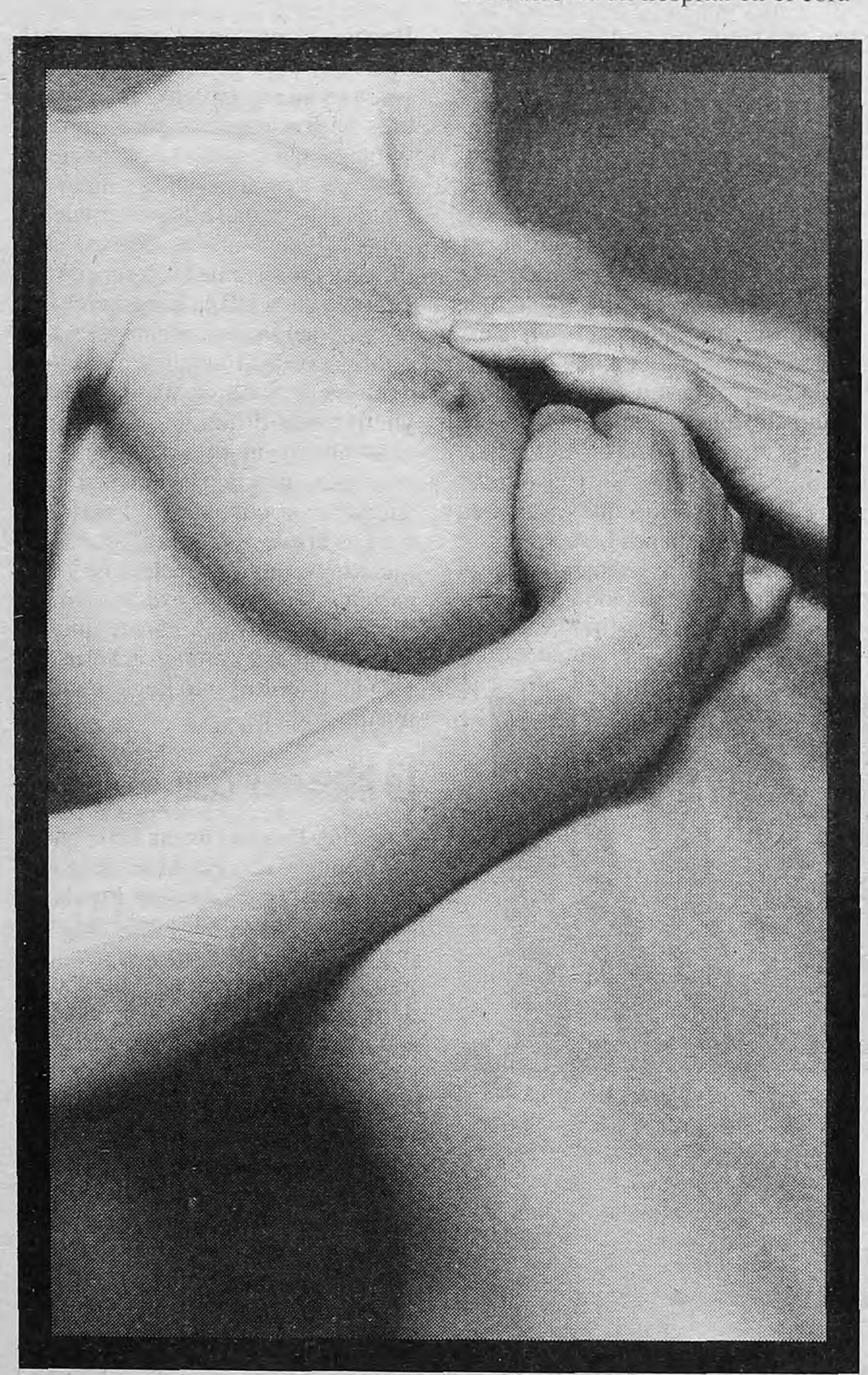
“Es cierto que hay una proliferación de proyectos individuales y una privatización fuerte de la vida –dice el licenciado y futuro padre Rinesi–, pero también un contexto económico que obliga a la gente a ocupar su tiempo en sobrevivir.” Rinesi confirma a diario que entre los de treinta y pico se instala una sensación de frustración. La excepción es un grupo de jóvenes brillantes, producto de una buena relación entre lo que tienen para decir y cierta sintonía con el espíritu de la época, que les ha permitido limar las contradicciones al máximo y no dar lugar a las consideraciones políticas. “Hoy la politización es inconveniente para cualquier éxito”, sentencia.

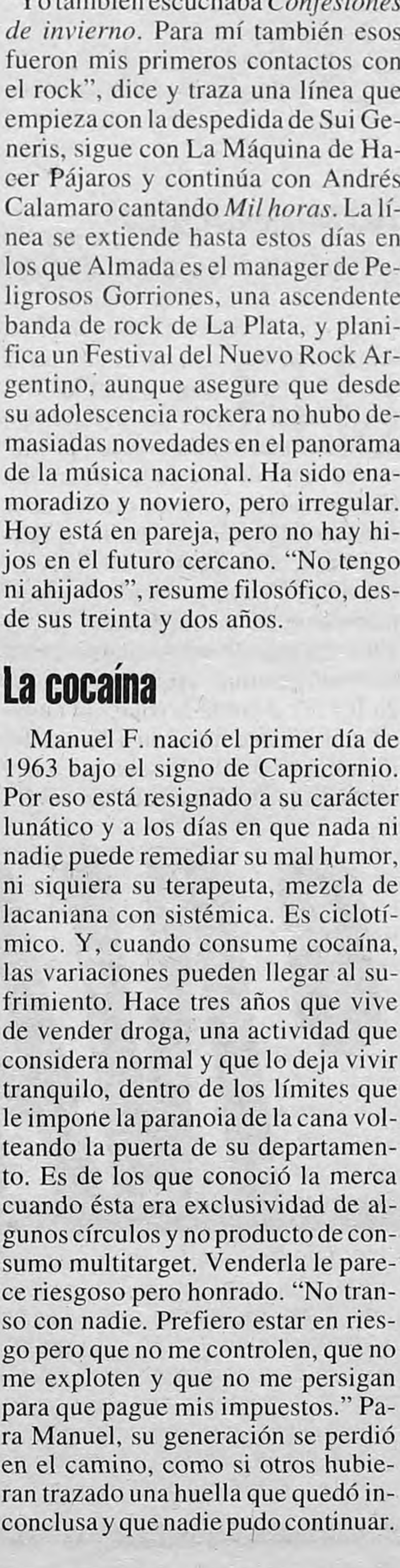
En el medio

Diego Petrecolla es hijo de un economista que a fines de los 60 se fue del país para hacer un posgrado. Por eso nació en un hospital en el corazón de Nueva York. Pero al año y medio estaba en Buenos Aires, y pronto se hizo argentino, hincha de Boca, de las pastas y de la carne nacional. Criado en Belgrano, alumno del Colegio Esquiú, licenciado en Economía en la UCA con un doctorado de la Universidad de Illinois, Diego cree que su adolescencia estuvo marcada por el “clima de dictadura interna” que se vivía en aquel colegio de curas. “En ese momento no entendía absolutamente nada. Ahora comprendo que fuimos la última generación que vivió eso. Esa experiencia es un ‘activo’ que la sociedad no debiera desperdiciar, porque nosotros somos los que vamos a tomar decisiones en los próximos 20 años”, dice antes de partir a la Universidad Di Tella, donde es profesor a la mañana, y al Ministerio de Economía, donde es asesor técnico en temas de pobreza y distribución del ingreso.

Diego está convencido de que el segmento de su generación que se recibió, hizo posgrados, se casó y tuvo hijos (él tiene dos), ostenta como irremediable defecto el individualismo extremo y, como virtud, no coquetear jamás con los extremos. “Tampoco se nos dio por el lirismo, ni por tocar la guitarra debajo de un puente”, se ufana.

Alejandro Almada no conoció colegios pagos, ni profesores de tenis, pero sí mucho de rock nacional, aunque también es de los que se enterarontarde. En 1980 supo con rigor de qué se trataba la subordinación. A cinco meses de terminar el secundario lo echaron del colegio, en Villa de Mayo, por hacer una revista “cándida pero desfachatada”. El y otros pibes que terminaron la primaria en el ‘75, habían sido lectores clandestinos de *Satiricón* y de *El Ratón de Occidente*. Hasta ese momento estaban convencidos de que Jorge Rafael Videla era un personaje que había llegado para restablecer la democracia. Años más tarde, cuando en un cine de Lavalle vio *La noche de los lápices*, lloró como si él mismo hubiese estado en El Pozo de Banfield. “Yo también escuchaba *Confesiones de invierno*. Para mí también esos fueron mis primeros contactos con el rock”, dice y traza una línea que empieza con la despedida de Sui Generis, sigue con La Máquina de Hacer Pájaros y continúa con Andrés Calamaro cantando *Mil horas*. La línea se extiende hasta estos días en los que Almada es el manager de Peligrosos Gorriones, una ascendente banda de rock de La Plata, y planifica un Festival del Nuevo Rock Argentino, aunque asegure que desde su adolescencia rockera no hubo demasiadas novedades en el panorama de la música nacional. Ha sido enamoradizo y noviero, pero irregular. Hoy está en pareja, pero no hay hijos en el futuro cercano. “No tengo ni ahijados”, resume filosófico, desde sus treinta y dos años.





La cocaína

Manuel F. nació el primer día de 1963 bajo el signo de Capricornio. Por eso está resignado a su carácter lunático y a los días en que nada ni nadie puede remediar su mal humor, ni siquiera su terapeuta, mezcla de lacaniana con sistémica. Es ciclotímico. Y, cuando consume cocaína, las variaciones pueden llegar al sufrimiento. Hace tres años que vive de vender droga, una actividad que considera normal y que lo deja vivir tranquilo, dentro de los límites que le impone la paranoia de la cana volteando la puerta de su departamento. Es de los que conoció la merca cuando ésta era exclusividad de algunos círculos y no producto de consumo multitarget. Venderla le parece riesgoso pero honrado. “No transo con nadie. Prefiero estar en riesgo pero que no me controlen, que no me exploten y que no me persigan para que pague mis impuestos.” Para Manuel, su generación se perdió en el camino, como si otros hubieran trazado una huella que quedó inconclusa y que nadie pudo continuar. Nunca se afilió ni militó en ningún partido, pero “simpatizaba con la Juventud Peronista, antes de que se menemizara”. Ahora simpatiza con el individualismo. “Algunos se horrorizan pero a mí me parece mucho más sincero que las proclamas vacías de contenido”, afirma y da por terminada la charla.

El individualismo parece ser la plaga que ataca a los de treinta y pico. Pero, así como algunos lo admiten como un mal incurable, muchos lo desmienten. Para Rinesi “quizás exista un retorno a ciertas formas de la política en ámbitos privados más específicos, al menos para los que creemos que hay una dimensión política en lo que somos”.

El regreso

Cuando Carola Noriega volvió a Buenos Aires en 1981 se despidió de su amigos catalanes con un beso de hasta luego. Su exilio había ocurrido en pleno destape español. En Barcelona había bailado salsa hasta el amanecer, había conocido el olor del porro y había aprendido a escapar de la Guardia Civil en las marchas por la autonomía. Se juraba que nunca volvería a vivir en la Argentina y que jamás iba a tomar mate. Ahora, se sopla los restos de polvo verde que le quedaron en la palma de la mano, acomoda la yerba, y ceba tan amargo como las vecinas de Villa Luro que conversan en la vereda, aprovechando el veranito de San Juan. Su llegada a Buenos Aires coincidió con Teatro Abierto, en 1981. Apenas pudo se anotó en el Conservatorio Nacional de Arte Dramático y comenzó su militancia en el Partido Intransigente. Con la segunda campaña ganaron las elecciones y ella fue presidenta del Centro de Estudiantes. Pasó cinco años entre ensayos y asambleas. En esa época, todo aquel estudiante de la universidad pública que no militara estaba en al vereda de enfrente. Carola supo tener un novio peronista, hasta que, en una discusión sobre Herminio Iglesias, se acabó el amor. “Ahora somos mucho más tolerantes, tanto los tipos como las minas”, arriesga, y no es la única en pensar que a los treinta hay que tener la vida resuelta. “No hay por qué tener todo construido. Es mentira que, si hiciste lo correcto, ahora la vas a pasar bomba. O que, si no, te quedaste afuera.” Existencialista al fin, está convencida de que nunca en la vida, ni cinco minutos antes de la muerte, un hombre está acabado.

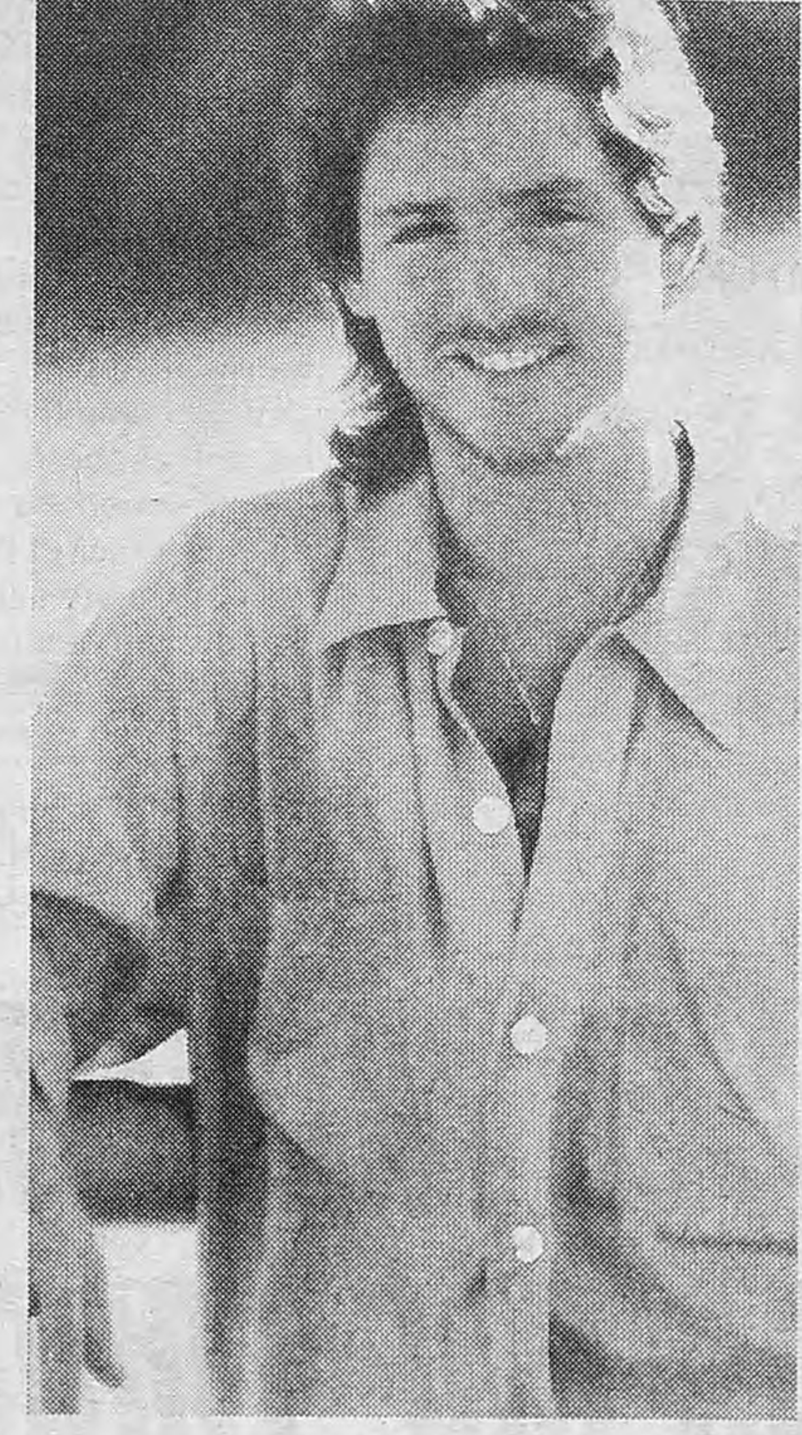
Si Anabella Lozano hubiese conocido a Carlos Peralta cuando era albañil y él hubiese esbozado un poco de inquietud social y otro tanto de conciencia de clase, ella lo habría amado perdidamente. En esa época (hasta que se apagaron los ochenta), Ana fue una activa militante del Movimiento Al Socialismo. Eran los tiempos en que el MAS llenaba las marchas de banderas rojas y bengalas. Ahora, con la voz gruesa de los que fuman más de un paquete de cigarrillos por día, una remera negra elastizada que le estrecha el torso y un chaleco de chifón que jamás se hubiese puesto para una reunión del partido, cuenta: “Milité con el sentimiento visceral de que este mundo no podía continuar así. Si todo seguía igual y yo no hacía nada era una gila que nunca más me podría mirar al espejo”. De aquella militancia a la terapeuta que hoy reivindica el placer hay una distancia de diez años. Además de un televisor, una biblioteca, muchas plantas y un contestador automático que atiende con un tema de Todos Tus Muertos, en el living de Anabella hay unas enormes pelotas de plástico que sirven para tirar el cuerpo encima y jugar. “Antes –dice Ana–, en tiempos de la dictadura, usábamos el cuerpo como objeto de choque. Ahora, a los treinta, aprendimos a usarlo para el placer.” Quizá por eso cuenta que hace poco, en una mesa donde se mezclaban adolescentes, veinteañeros y treintañeros, ellos se acordaban de cuando los forros sólo eran para evitar embarazos. Y desafiaban a “los pendejos” a explicar cómo se siente la vida sin el látex, ese icono de asepsia de los 90. En la misma mesa, y ahora, Anabella habla de su amigo con sida. Dice que se llaman por teléfono (él desde Italia, ella en Almagro) una vez por semana y se ríen de la maldición de la enfermedad. Son irónicos, se ríen con un humor negro que espantaría a sus mayores. Pero, a su manera, también son optimistas, y delatan el orgullo de haber sobrevivido enteros hasta los treinta.



Por Gabriela Cerruti

Todos tenemos un momento en la vida en que decidimos ser o hacer. Y aunque luego no cumplamos para siempre, ésa es nuestra impronta. La historia de Adrián Suar, como la de cada uno, es un momento en la de su generación: aquellos que tendrán treinta y pico en los primeros años del siglo que viene. Los que están marcados, dice él, por el "aquí y ahora". Los que creen que no tienen opción, y que sólo se encuentran frente a la posibilidad de hacer.

Son la generación del "aquí y ahora". No pueden esperar hasta los treinta para concretar. "Todo pasa rápido, y se imprime, hay que estar atento." Así lo explica Adrián Suar, a quien esa filosofía no lo llena de angustia, como a la mayoría, sino de éxito. Por el momento. Después, dice, habrá tiempo para pensar de nuevo. Al fin de cuentas, si hubo errores y hay que empezar de nuevo habrá mucho tiempo para hacerlo: en el famoso momento del balance, ellos recién tendrán treinta y pico.



TREINTA Y PICO EN EL AÑO 2000

LOS QUE VIENEN

A los veintiocho años gritó "piedra libre para mí y para todos mis compañeros". Confrontó con todos los códigos del medio televisivo y decidió inventarse un espacio, crearlo, protagonizarlo, venderlo y cobrar los réditos. Un lugar para trabajar solamente con sus amigos, sin tener que aceptar ni órdenes ni sugerencias, dueño de sus ideas y hasta de sus horarios. El resultado fue Polka Producciones, un edificio a media cuadra del Mercado de Pulgas de la calle Dorrego, donde un distraído podría creer que un grupo de adolescentes juega a *El Gran Magnate*. Los teléfonos suenan sin interrupción, una secretaria sirve café a los visitantes y un manager se encarga de que todo, desde los decorados hasta los extras, estén en el lugar indicado en el momento preciso. Ninguno –ni ellos, ni el portero, ni el dueño de la productora– tienen más de treinta años. Pero son los hacedores de "Poliladron" y "Verdad Consecuencia", dos de los programas más vistos, comentados y, para muchos, prestigiosos de la televisión argentina en este año.

Suar sabe cómo se modeló a sí mismo, y cuida esa imagen: joven empresario, serio pero simpático, jeans, buzo y zapatillas. Sabe también con qué la fue rellenando: apuestas fuertes y horas de trabajo. Pero aunque él mismo le dio forma a la vasija, y eligió cada uno de los ingredientes que fue agregando, no se pregunta demasiado a menudo por la arcilla. Como todos los que eligieron hacer. Como todos, dice él, los que tendrán treinta y pico en el dos mil.

"Todas las generaciones siempre tienen un toque distinto. Generación a generación algo les pasó distinto, a favor y en contra. Nosotros somos los del "aquí y ahora", pasa todo ahora, y se imprime. Pasa todo muy rápido, se viene todo muy rápido, y un minuto después, ya fue. Y somos consecuencia de todo esto. Tiene algo a favor, que es obligarte a estar muy atento, muy despierto, porque si no viene una maroma que te envuelve, te arrastra y te lleva. Y tiene la cosa patética de no poder levantar un poco la cabeza y mirar para el costado. Creo que es el mundo, no sólo acá. Hay una cosa de acelere, de '¡ya!, ¡ya!', de jungla. La vida está más precipitada", explica, y mueve rápido las manos para que quede claro.

–¿Qué viene después de este acelere? ¿Qué va a pasar cuando se calmen, y miren hacia el costado, o hacia atrás?

–Puede ser que uno tenga tiempo, aún siendo joven, de saber cuáles fueron virtudes y errores. Trabajar sobre las virtudes y revertir los errores. A lo mejor tenés apenas treinta y pico y ya podés decir 'acá me equivoqué', y podés parar la pelota y empezar de nuevo. Y sos joven.

–La vida como ensayo y error

–Puede ser. Se me ocurre que tenemos más tiempo para revertir todo, ¿no?

–Anticipar la crisis que nuestros padres tenían a los cincuenta, y vivirla sin la presión de que ya es demasiado tarde para cambiar algunas cosas.

–Claro, ¿no? Si te das cuenta que no sirve nada de lo que hiciste podés empezar de nuevo, y no hay problema. Vas a ser joven.

–Pero la filosofía del ensayo y error lleva a que nunca acumules, a que no haya proyectos a largo plazo, inversiones a largo plazo.

–Creo que es una forma distinta de experimentación. De todas maneras yo creo que esta posibilidad de concretar cosas que yo tengo no es algo quele pasa a todo el mundo, creo que les pasa a muy pocos, en realidad. Yo soy consciente de eso, y trato de estar atento todo el tiempo.

–¿Las cosas pasan o uno las provoca?

–Yo las provoco. Pero después está la vida, la parte en que uno no sabe qué puede pasar. Uno tira cosas y después la vida las mejora o las empeora. En mi caso las fue mejorando. Todo lo que pasó se fue haciendo una pelota. Yo tiré una piedra y me devolvieron una roca. Yo tenía que salir a laburar. Y prefería ser independiente. Siempre estuve ligado con la idea de juntarme con algunos amigos para hacer alguna cosa.

–¿Trabajar rodeado de la familia y los amigos implica apostar a crecer en grupo o es una cuestión de comodidad?

–Yo avanzo y llevo. No sé si se crece en grupo, pero se trabaja en grupo. Crecer en grupo es medio difícil. A lo mejor puede darse un grupo en el que todos crezcan juntos. Pero yo no voy a mentir y decir somos todos iguales, vamos todos juntos. Para nada. Pero trabajo con lo que me aporta, con lo que me suma, con lo que me hace crecer, y con el ida y vuelta.

–¿La ansiedad por concretar antes de tiempo no puede tener como contrapartida también envejecer antes de tiempo?

–Yo no sé lo que me va a pasar, pero lo que sé es que hoy a pesar de no parar de hacer cosas me siento un pendejo. Lo que siento es que tengo una zona de mi cabeza que está muy revolucionada y abierta a todo lo que me está pasando con lo artístico o lo que tiene que ver con producir esto, es como que esa zona está muy trabajada. Pero al mismo tiempo siento que tengo otra zona que está despertándose. Una zona que está ahí, viendo. No soy lúcido cien por cien.

–La edad no tiene que ver con cómo uno se vista, o la cantidad de años que pasaron desde que nació, sino con el lugar social que ocupa.

–Es cierto, ¿no? Cómo despegar de lo que uno es profesionalmente y lo que uno lleva en la vida personal. Es como que socialmente soy un niño empresario y soy yo, no es otra persona. Es cierto. Pero trato de no llevarlo con un peso. Ni juego al empresario. Si bien estoy contento de ser como un empresario.

–Una especie de niño-yuppie.

–No, no... bueno, no sé qué es eso. Pero eso no soy.

–¿Las generaciones anteriores son historia o son contemporáneos?

–En este país en particular no van a ser historia por mucho tiempo.

–¿Cómo son los que hoy tienen treinta y pico?

–Ellos se comieron una cosa muy fuerte que es los milicos y Malvinas. Crecieron en el medio de todo eso. Cuando se estaban desarrollando todo iba para atrás, y eso los tiene que haber marcado. Ser uno solo contra todo. ¿Cómo se puede crecer así? Uno es uno con el entorno. Dicho así suena abstracto, pero se va paipando. Uno es la música, las películas, los juegos que uno juega de chico... los que ahora tienen treinta y pico pasaron mal por todas esas cosas. Tenían, obligadamente, la mirada puesta en otro lado.

–¿Qué fue la generación del setenta?

–No sé... no sé...

–¿Cómo suena a los veintiocho años la palabra "revolución"?

–En los noventa, no sé. En esa época, en los setenta, a muchas cosas. Cada generación tuvo su estatuita, su estrellita. Y la de ellos fue la de "podemos".

–Se supone que "podemos" es también el lema de los que quieren concretar aquí y ahora.

–Sí, pero en esa época era el olor del país. Había que salir a pelear, por la libertad, por todo. Era otro podemos, era el podemos del quilombo político, de la calle. Ahora, desde la democracia, hay otros valores en juego. *–¿Qué es tener poder hoy?*

–Hacer lo que uno quiere.

–¿Usted tiene poder?

–Sí, porque hago lo que quiero. Y porque soy feliz haciendo lo que hago. Uno puede tener sobre y poder de. Yo prefiero el poder de. Y es el que tengo. El poder de hacer lo que quiero.

–¿Nunca se le ocurrió que le gustaría ser presidente?

–No.

–¿Y hacer una revolución?

–No me va... A veces me pregunto, ¿qué soy políticamente?, por ejemplo. Y no sé.

–¿Alguna ves participó en alguna causa colectiva?

–La verdad es que no. Si me lo pregunto, supongo que me gustaría, no sé... no sé qué me gustaría. No quiero caer en lugares comunes, demagógicos, eso de hacer algo por los pobres, o ese tipo de sanata en la que caen todos. Pero a lo mejor, si incursionara en política, lo único que me plantearía sería hacer algo leal.

–¿Qué es una política leal?

–Si no puedo me voy. Para mí es así, siempre. Uno está convencido de algo, pero no quiere decir que sea cierto, o que funcione. Entonces no hay que ser necio. Hay que ponerse tiempos. OK, pruebo dos años. Si funciona me quedo, si no me voy.

–¿Cuál es el valor fundamental?

–La lealtad, total. Es *el* valor.

–¿Cuáles serían los valores centrales de la generación que tendrá treinta y pico en el dos mil?

–Nosotros no lenvantaríamos las banderas del Che, ni gritaríamos más Viva Perón, nadie le da bola a todo eso. Gracias a Dios.

–¿Por qué "gracias a Dios"?

–Porque siempre me dio la sensación de que la gente que peleaba estaba en inferioridad de condiciones. Siempre peleaban y los terminaban cagando a trompadas.

–Y ustedes sólo pelean si saben que van a ganar.

–No, no se trata de no perder. Puedo ganar o perder, pero quiero poder pelear, con las mismas armas. Una cosa es bancarse perder, y otra hacer de gil desde el principio.

–¿Cómo saber en el momento cuál va a ser el resultado?

–Seguro. Yo lo digo ahora que pasó. Tengo el background de la historia. Lo que les pasó en ese momento, ¿cómo saberlo entonces? Estaban haciendo la historia. ¿Cómo darse cuenta de lo que pasaba en ese momento? Hoy por hoy, estamos en otra historia, con ganas de desarrollarnos, de que nos dejen desarrollarnos en paz.

–¿Por qué cosas vale la pena pelear?

–Por encontrar un lugar.

–¿Un lugar en el mundo, un lugar en la vida?

–Un lugar en el medio, por lo menos.

–Suena un poco individualista.

–Totalmente, seguro. Muy individualista. Pero, bueno, uno vive lo mejor que puede la época que le tocó vivir.

–¿Son cínicos?

–No sé.

–¿Usted es cínico? –No, no creo. No me da todo igual, no. Ni a palos.

–"Verdad Consecuencia" parece hecha con el modelo de la serie "Treinta y pico", pero los personajes tienen veintipico. ¿Es porque ahora, o aquí, suceden antes los problemas que antes, o en otros países sucedían después de los treinta?

–En "Verdad Consecuencia" queremos tocar historias que sean más universales. No sólo generacionales. Más de las cosas que le pasan a la gente normal que vive alrededor nuestro. Que pasen cosas que le pasan a la gente, que no haya héroes ni heroínas, que los roles vayan rotando, como en la vida.

–Admitir que todos tenemos días de héroes y días de villanos.

–Todos tenemos zonas de mierda para mostrar. Y zonas maravillosas. No tengo ganas de que los personajes sean ejemplificadores. Que se equivoquen si se tienen que equivocar, que sean malos si tienen que ser malos.

–Esa es una definición que va más allá de una serie de televisión.

–Es un clima de época. No ser dogmáticos.

–Que cada uno se haga cargo de sus problemas.

–No puedo levantar banderas con respuestas que en el fondo son opiniones, y como opiniones son subjetivas.

–¿No hay ninguna verdad absoluta?

–No hay una sola verdad, hay muchas verdades, que conviven todo el tiempo.

–¿No hay una sola verdad absoluta, en ningún lado, para ningún tema?

–Yo no puedo recordar una.

–¿Con un poco de esfuerzo?

–El chico que le clavó ciento trece puñaladas a la chica la mató. Eso es verdad.

–Eso es un hecho. La verdad implica un valor en relación con un hecho, aunque Perón haya dicho lo contrario.

–Es que en el resto, en los juicios de valor, en las opiniones, hay varias verdades, siempre. Mirado de un punto de vista puede ser una cosa, y mirado del otro puede ser totalmente distinto.

–¿Qué recuerda del 24 de marzo de 1976?

–Que estaba sentado al lado de mi mamá, viendo la tele cuando asumía Videla.

–¿Qué recuerda del 10 de diciembre de 1984?

–Que estaba muy excitado. Estábamos todos muy excitados. Tenía catorce, quince años.

–¿Alguna vez sintió miedo?

–No.

–¿Usted cree que es valiente?

–No.

–¿Y por qué nunca tuvo miedo?

–Porque nunca estuve en nada, o siempre estuve en lugares donde no pasaba nada, estuve en la tele desde chico...

–Pero en otras épocas...

–Ya sé. Me contaron. Pero eran otras épocas.

–Se supone que ser joven es ser transgresor.

–Sí, no solamente se supone. Ser joven es ser trangresor.

–¿Cuál es su trangresión?

–Laburar.

TENER 30 EN EL 2000
cumplirán 30 en el año 2000. demasiado viejos para las olimpíadas, demasiado jóvenes para una AFJP
SOY DEL 70 SOY DEL 70
CUANDO A ONGANIA SE LO YEVAARON
REP

MARIO PERGOLINI

"SER NOSOTROS MISMOS, MAS QUE TODOS NOSOTROS"

Podría ser el paradigma de los que lograron combinar el éxito personal con el profesional: rating, dinero, fama y un hijo. Pero demasiado a menudo se pregunta cómo se sobrevive con la presión de que la vida se juega a todo o nada antes de los treinta y cinco.

(Por G. C.) Paul Auster suele contar que cuando nació su hijo Charlie, Simic, un viejo amigo, le escribió una carta en donde decía: "Los niños son maravillosos. Si yo no tuviera hijos, iría por ahí creyéndome Rimbaud".

Mario Pergolini ya no se cree Rimbaud, ni se toma tan en serio como hace unos años, antes de que naciera Tomás. Aunque, él mismo admite, quizás ahora que entró de lleno en los treinta y que se animó a "hablar de" su hijo, siente que, por fin, se ha vuelto algo parecido a lo que se suele conocer como un hombre sensato. Vinculado a un mundo que trasciende el propio, al devenir de las generaciones, a la inevitabilidad de la propia muerte. O sea: un clásico. Sólo falla al modelo en un punto, y es su incapacidad para reconciliarse con su propio padre, con quien no volvió a hablarse nunca jamás después de alguna vieja pelea adolescente. Algo que se supone que, vuelto padre uno y dejados atrás los veintitantos, sería el final del círculo.

"El marketing de nuestra generación es ése: el pibe bien vestido con algo de plata y que descubrió que tiene que cambiar el autitito nuevo y que tuvo un hijo y le cambió la vida. El tipo es un tierno en el fondo", dice, con algo de sorna o de resignación. Todo el mundo sabe que Mario Pergolini anda bien vestido, tiene algo, bastante de plata, cambió varias veces de auto y tuvo un hijo que, dice, le cambió la vida. Demasiado atrás quedaron los tiempos en que el mandato era resistirse a la época. Convivir con lo que nos fue dado parece ser la nueva consigna. Está claro: "Es la época que me tocó vivir. Nos preparamos para esto. La historia es hacerlo bien. No queremos ser los adultos que fueron nuestros padres, ni las generaciones post-yuppies. Es raro, porque somos padres buenos y todo eso y por otro lado somos asquerosos materialistas".

Cuando se cumplieron los veinte años del golpe militar de 1976, la Plaza de Mayo se repartió para dos generaciones diferentes. El sábado por la noche llegaron los de veintipico, a escuchar a Todos Tus Muertos y Actitud María Marta. El domingo, los de cuarenta y tantos, viejos seguidores de Víctor Heredia, León Gieco y Mercedes Sosa. Entre unos y otros, los grandes ausentes, en la Plaza y en el escenario, fueron los de treinta y pico.

Pergolini cree que hay dos respuestas. La primera, que "la vimos sin sufrirla, que es una manera cruenta de sufrirla". Los hermanos menores de la generación del setenta, los que vieron a sus amigos mayores exiliarse, desaparecer, sufrir para siempre. "Y después sufrimos la otra. Porque nosotros, los que hoy tenemos treinta y pico, nos sentimos muy usados cuando empezó la democracia. Se suponía que éramos la esperanza, que teníamos todo ahí. Y después del ochenta y pico se desmoronó todo. Entonces estamos redescreídos."

Hay algo de insolencia, o bronca, cuando asegura que "desde ahí nos parece que los de cuarenta y pico son una manga de nabos que no pudieron hacer absolutamente nada". Pero después, casi, se excusa: "Al menos eso es lo que ve mi grupo".

Tenía doce años cuando los militares asumieron el gobierno. Comenzó su secundario en 1978, cuando festejábamos el Mundial, y lo terminó en 1982, cuando llorábamos la guerra de Malvinas. Se entusiasmó con el alfonsinismo, como casi todos los jóvenes de esa época, y con la movida cultural de los primeros años de la democracia. Tanto que se acercó un día a Radio Belgrano, por entonces el bunker de los "progresistas", y se ofreció para limpiar los baños a cambio de un mínimo espacio.

"Me acuerdo que me gustó mucho la época de campaña, desde el '82 en adelante, que a lo mejor por haber sido educado durante esa época me pegó más por la política, y leía sobre política. Me atrajo mucho el magnetismo de Alfonsín", admite. Durante esa época, también, descubrió el horror de la represión, más por el relato que iba sucediendo en el Juicio a lasJuntas que por los datos que le daba su memoria personal. "Es que al Proceso no lo entendí muy bien en la época del Proceso, lo entendí más cuando empecé a militar con los radicales. O sea el Proceso no me había dejado ver nada. No vi la realidad del momento. Iba a los recitales y puteaba a los militares y todo eso, pero no entendía nada. Hacía lo que la masa hacía."

Dice que no piensa a menudo en el tema, pero que si piensa se puede acordar de algunas cosas. "Me acuerdo de que mi mamá estaba contenta porque la habían sacado a Isabelita. Eso sí me acuerdo. Pero no entendía, me parecía que estaba bien... Creo... Ahora que me pongo a pensar, creo que me parecía que estaba bien."

Lo que su corto paso por la euforia alfonsinista no logró fue dejarle algún tipo de conexión con lo que había sido la militancia durante los setenta, y nunca pudo confraternizar con los exiliados que volvían del exilio o los retornados periodistas de antaño que llenaban los pasillos de Radio Belgrano. Todavía hoy, cuando piensa en la "juventud maravillosa", sigue sintiendo algún desprecio: "Pienso que fueron unos hippies violentos. Como siempre en la Argentina entendemos todo mal, ellos entendieron todo mal y fueron hippies pero violentos". Aunque quizás haya también algo de decepción en el planteo: "Se volvieron después tan conservadores como la gente a la que puteaban. No dejaron de ser los yuppies de los ochenta, así que creo que fueron muy mentirosos con respecto a su propia filosofía de jóvenes. Creo que el tipo de treinta ahora es mucho más coherente con lo que sentía diez años atrás. Sigue pensando mucho en sí mismo, en crecer económica y socialmente, y que es la parte trabajadora en la que puede lograr algo. Queremos los empresarios de mañana. Estamos más enfrascados en la solidez económica que en la realidad social. Estamos todos bregando más por nosotros mismos que por todos nosotros".

–¿Lo decís con cinismo, con resignación, o con placer?

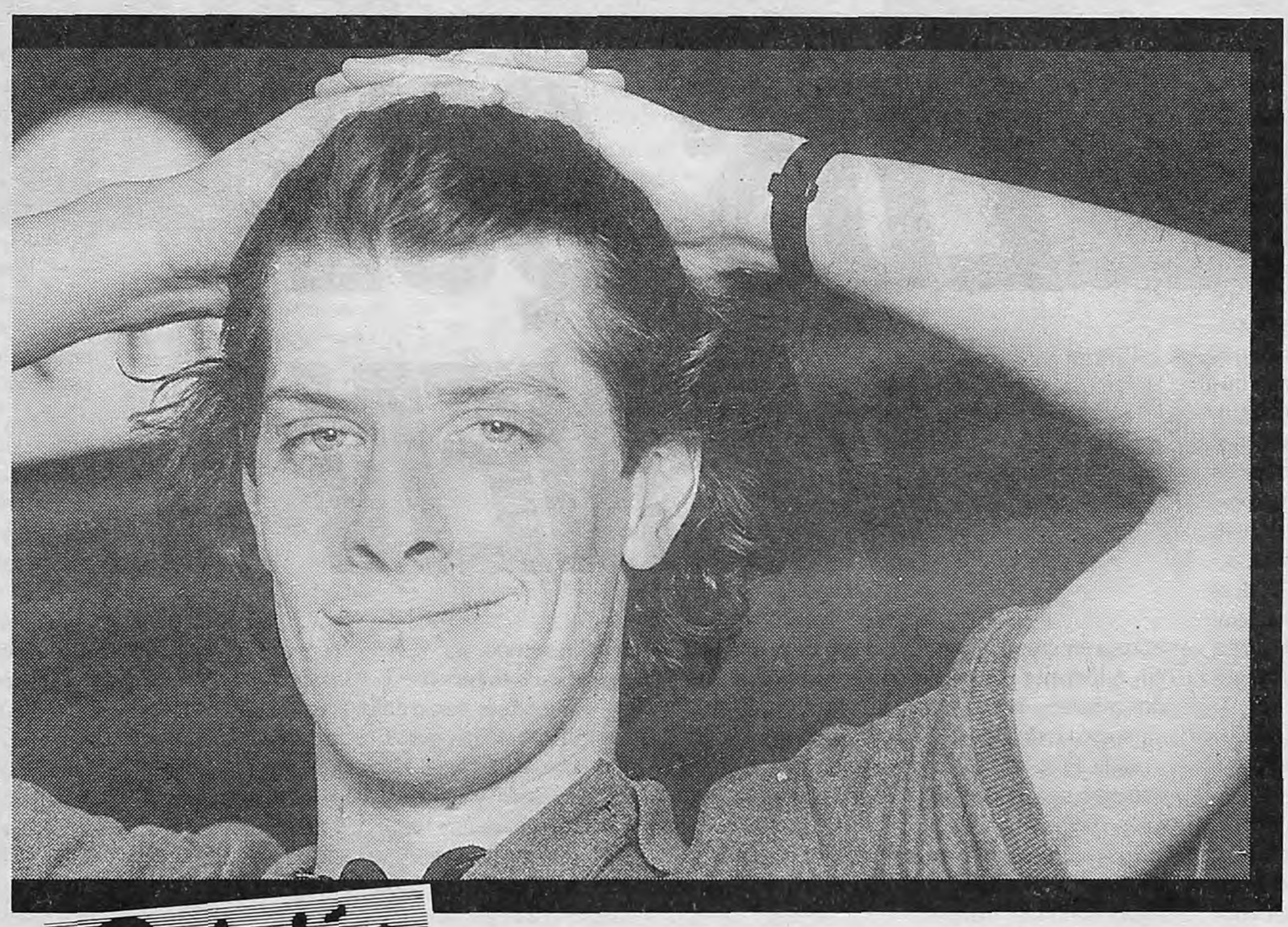
–Lo digo con realismo. Hasta los treinta sos promesa y después cagaste. Afuera se reivindica más al de cuarenta. El tipo que llega a un lugar bueno tiene que tener cuarenta y pico, los otros están todavía en formación. En la Argentina se tiende a bajar eso, porque somos unos apurados de mierda, y exagerados... Lo que pasa es que las aparentes caras del éxito son los tipos de treinta y pico, son Nicolás Repetto y Marcelo Tinelli.

–Tal vez son exitosos precisamente porque son jóvenes y si hicieran lo mismo a los cincuenta sería visto más normalmente.

–Pero cada vez es menos el permiso de llegar a esa edad y decir, ok, el logro de mi carrera es éste, a los cincuenta. Ahora tiene que ser a los treinta. Es que de adulto es lógico. O sos exitoso o sos un fracasado. Para destacarte tenés que ser un joven exitoso. O sos exitoso o no sos nada, ni siquiera vas a ser un viejo exitoso.

–¿Cómo se puede vivir con semejante presión?

–No sé, es mucha, es cierto... De pronto te ves a los treinta y seis como que no la pudiste hacer. Y si no lo hago ahora perdí la carrera. Y tenés que abandonar.



Opinión

Por Juan Forn (treinta y seis monedas)

El falso equilibrio

A los veintisiete años empezamos a ser, a grandes rasgos, lo que seremos el resto de nuestras vidas. Entramos en un territorio nuevo, que acaso es el más genuino de todos los territorios nuevos a los que fuimos accediendo desde que dejamos la infancia: en la medida en que cada cosa que incorporamos a nuestro carácter ya no invalida o nos obliga a abandonar otra necesariamente (como a los catorce, o a los dieciocho, o incluso a los veintidós). Por primera vez, las grandes aspiraciones pueden coexistir con las pequeñas aspiraciones, y no anularse mutuamente. Las contradicciones parecen haber amainado. La vida es maravillosa: sin perder intensidad, ha ganado en serenidad.

Poco después, el momento de gracia termina. Sin darnos cuenta nos fuimos haciendo a la idea de que el mundo, nuestro mundo, estaba completo. Y sutilmente empezamos a rechazar todo aquello que viniera a amenazar ese equilibrio tan preciado. Empezamos a decir cosas como: "El problema de los pendejos de hoy es que no quieren romperse el culo como nos lo rompimos nosotros a los veinte"; o "los viernes y sábados no se puede ir a ningún lado, está todo lleno de gente"; o "¿quién puede considerar músicos a los Ilya Kuriaki?".

De un día para el otro nos descubrimos en los treinta: iguales a los que éramos hasta el momento anterior, pero súbitamente convertidos en algo más bien escalofriante. Lo que parecían ser los primeros (si bien tardíos) signos de la adultez bien entendida, de repente se parecen más y más a aquellas cosas que considerábamos taras en nuestros mayores. Nuestras palabras y nuestros gestos delatan, ya no esa serena identidad de "jóvenes adultos", sino el eco agrio de aquellas palabras y actitudes de nuestros padres y maestros, que tan retrógradas y esquemáticas nos parecían en nuestra adolescencia.

Muy de a poco y de manera inadvertida, el romance (que creíamos eterno, hasta entonces) con los valores absolutos, los valores sin término medio, ha ido desmoronándose. A tal punto que un día terminamos haciéndonos esa pregunta que tanto odiamos desde que la oímos por primera vez (de boca de nuestros padres, claro). Sólo que ahora somos nosotros mismos quienes nos la hacemos: ¿para qué era que queríamos aquello que queríamos, cada una de esas cosas que tanto queríamos alcanzar?

Las redefiniciones, los adecuamientos (a cada paso, a lo largo de estos años) han terminado por difuminar el sentido original que tenían nuestros anhelos. Moderados, módicos, civilizados, al enunciarlos ahora ya no tienen el áspero sabor de entonces. El término medio no es la mitad de algo (y una cosa sin su sabor es, por lo general, la mitad de esa cosa).

Marx y Max Weber coincidían en que la clase media es la única que se define a sí misma por exclusión: mirando para arriba y para abajo, a los ricos y a los pobres, para descubrir que *no* es. Los treinta y pico son algo parecido: mientras los veinteañeros nos ven ya viejos y los cuarentones nos siguen tratando como a imberbes, nosotros miramos a uno y a otro lado comprobando con alivio o satisfacción que *no* somos. Marx y Weber coincidían en algo más: que la clase media quería ser más rica que los ricos, mientras lloraba y se quejaba más de los pobres. Eso son los treinta y pico también: un momento de nuestras vidas en que nos arrogamos el ridículo derecho de pretender ser más jóvenes que los jóvenes (porque, como fuimos jóvenes, sabemos mejor que ellos qué es ser joven) y más sensatos o sabios que nuestros mayores (porque, como no somos viejos, no hemos entrado aún en la segunda mitad de la vida, la mitad "descendente", esa cuenta regresiva hacia la muerte). O, dicho de otra manera: los más sabios entre los jóvenes y los más vitales entre los adultos, todo junto y al mismo tiempo.

Mientras tanto, aquello que creíamos un territorio perenne (aquel paraíso entre los veintisiete y los treinta años) sólo era eterno, maravillosamente eterno, para nosotros, y en tanto duraba. Los treinta y pico, en suma, son los que son cuando dejan de ser lo que parecen.